



Carlos López Hernández

Solemnidad de San Juan de Sahagún

Salamanca, 12 de Junio de 2016

En el marco espiritual del Jubileo de la Misericordia la fiesta de San Juan de Sahagún nos invita a considerar la función transformadora y social del amor y el perdón.

Recordamos que el Jubileo es un tiempo extraordinario de gracia y de renovación espiritual, para hacer posible a los cristianos dar testimonio de la propia fe con más convicción y alegría, asumiendo la responsabilidad de ser en el mundo un signo vivo del amor del Padre. En este tiempo la Iglesia quiere mostrar de forma más clara que es madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad, de forma especial para con los hijos más distantes, más heridos en la fe y en la vida cristiana. Servir al hombre en todas sus situaciones, en todas sus debilidades y en todas sus necesidades es la orientación de toda su actividad. Y en este Año Santo nos llama entrar por la Puerta Santa, que es Cristo muerto y resucitado, para hallar en él gracia, misericordia y una nueva vida.

Jesucristo es el rostro de la misericordia de Dios. En palabras del apóstol Juan, Dios nos ha mostrado el amor que nos tiene al enviar al mundo a su Hijo, para que vivamos por medio de él, que ha entregado su vida para el perdón de nuestros pecados (cf. 1 Jn 4, 9-10). Jesús de Nazaret con su enseñanza, con sus gestos de acogida a los pecadores, con sus milagros en favor de los pobres, enfermos, excluidos y sufrientes, y con la entrega de su vida en la cruz revela la misericordia de Dios. El misterio del Dios que es amor (cf. 1 Jn 4, 8.16) se ha hecho visible y tangible en toda la vida de Jesús.

La Iglesia tiene como primera verdad de fe el amor de Cristo. Y no tiene vida propia si no es en Cristo. La vida de la Iglesia es Cristo; su vida es el Espíritu de Cristo. En la mirada al rostro de Cristo descubre la Iglesia la misericordia del Padre; y en su vida en Cristo experimenta el amor misericordioso y liberador de Dios. Desde esta experiencia gozosa, la Iglesia anuncia la misericordia de Dios y anima a todos a reencontrar en Jesús el camino de vuelta al Padre. Donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre; y donde haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de amor y de misericordia (cf. MV 12). Los hijos de la Iglesia estamos llamados a vivir este año jubilar siendo **Misericordiosos como el Padre**. De esta manera somos agentes de regeneración social y de una cultura del encuentro en una renovada concordia.

Nuestro Patrón, el alegre y cercano fray Juan de Sahagún, es para nosotros un auténtico testigo de la fuerza transformadora de la misericordia. Su testimonio auténtico de las obras de misericordia, espirituales y corporales, cambió las luchas fratricidas de



Carlos López Hernández

la ciudad de Salamanca en un oasis de reconciliación y de paz. Aquellos ciudadanos enfrentados por el odio comenzaron a aprender a vivir siendo misericordiosos como el Padre, al que habían conocido de modo tan imperfecto.

San Juan de Sahagún era un auténtico místico, que contemplaba visiblemente al Señor en el pan consagrado en la Misa, y, por ello, fue un auténtico testigo del amor misericordioso de Dios y del servicio y cuidado de los pobres, enfermos y aquejados de cualquier sufrimiento. Tenía su corazón inundado del amor de Dios y pasó por la vida, como Jesús, haciendo el bien, amando y sirviendo a quienes más lo necesitaban: a los más pobres por su carencia de bienes materiales y a los más debilitados por su propia miseria espiritual y moral. Lleno de los bienes de Dios, sólo Dios le bastó; Dios le hizo libre de todo interés y apego a los bienes del mundo y, por ello, libre también de todo temor a mal alguno que pudieran causarle los poderosos de este mundo o los obligados por la pobreza a asaltarle por los caminos. Por todo ello, tuvo la máxima autoridad moral y libertad para predicar el Evangelio con tanta elocuencia como capacidad de convicción y de mover al bien los corazones dominados por pasiones diversas y por el odio y la venganza. San Juan de Sahagún supo hacer aflorar de los corazones de los salmantinos enfrentados los mejores sentimientos que anidaban en ellos, al menos como rescoldos del fuego de su fe cristiana, aunque recubiertos de tanta ceniza de pasiones contrarias al Evangelio de Jesús. Su palabra encendida de amor y de misericordia, no menos que de lúcida y aguda denuncia de la penosa situación social, hizo posible el milagro de la concordia y la recuperación de la paz social.

En nuestra cultura se desvanece cada vez más la experiencia de la misericordia y del perdón. El hombre encerrado en su autosuficiencia no puede comprender ni aceptar su necesidad de ser tratado con misericordia; más bien reclamará derechos y ser tratado con justicia. La misericordia le parecerá humillación y servidumbre indigna del hombre llegado a la plena conciencia de su autonomía. Como reflejo de este sentir, cada vez más personas afirman en público que no se arrepienten de nada. Y esta misma actitud les impide aceptar la llamada a la conversión que la misericordia lleva consigo. Sólo puede estar abierto a acoger la misericordia quien reconoce la verdad de su fragilidad moral y se siente necesitado de perdón.

Frente a este clima cultural de autosuficiencia, los católicos sentimos la necesidad de la misericordia de Dios y la urgencia de su anuncio y testimonio al hombre de hoy. Es necesario en nuestro tiempo **el anuncio alegre del perdón** “para hacernos cargo de las debilidades y dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza” (MV 10).

La Palabra de Dios nos ha mostrado hoy el camino del amor a los enemigos como la forma propia de vida de los hijos del Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos y manda la lluvia a justos e injustos. Amar a quienes no nos aman es la medida del ser perfectos como lo es nuestro Padre del cielo.



Carlos López Hernández

Por el contrario, la venganza busca equivocadamente vencer el mal que padecemos destruyendo al que nos lo ha causado; busca eliminar al que se opone a nuestros propósitos. La venganza nace del odio, que mira como enemigo al legítimo competidor, que tiene ideas y proyectos distintos de los propios. Este camino falso destruye la justicia y la paz social, impide la colaboración al bien común y vulnera los derechos humanos y las reglas de la democracia. Dejarse vencer por el mal es una derrota de la dignidad de la propia persona que lo practica. Y cuando la sociedad o sectores amplios de ella se dejan vencer por el mal, es la nación, la comunidad de naciones o la misma humanidad la que está amenazada en su paz y en su progreso en justicia y libertad.

La enseñanza de Jesús es bien distinta: *“A nadie devolváis mal por mal... antes bien vence al mal con el bien”*. Y nos la explica de esta forma tan sencilla: *“Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber”*. Además nos muestra la oración como medio necesario para ser capaces de amar a los enemigos; nos dice: *“Y rezad por los que os persiguen”*. Esta recomendación implica dejar en manos de Dios el juicio y la conversión de los que nos hacen daño. Rezar por los enemigos es señal de confianza en Dios y de amor a ellos. Y el amor vence el mal sentimiento y es fuente de serena paz y de alegría.

Sobre estos principios evangélicos fundamentó San Juan de Sahagún su tarea de reconciliar los ánimos en discordia de los salmantinos de su tiempo. Y haciendo vida propia estas mismas convicciones espirituales y morales podremos nosotros **afrentar las condiciones sociales y políticas de nuestros días con la actitud y decisión de ser agentes de regeneración social y de encuentro cívico en una renovada concordia**. Para ello es necesaria la especial cercanía y ayuda a las personas y familias que han sufrido con mayor gravedad las consecuencias de la larga crisis económica; y es también preciso todos juntos, autoridades, responsables sociales y ciudadanos, colaboremos con decisión para la superación de las desigualdades sociales y el permanente fortalecimiento de la justicia social.

Todos los ciudadanos tenemos la responsabilidad de colaborar a la regeneración de nuestra sociedad practicando las virtudes cívicas y asumiendo el deber moral de participar en la vida política, sin desaliento y con paciencia histórica, haciendo en cada momento lo que requiere la edificación del bien común y el desarrollo de una cultura de la integración social y del encuentro armónico entre grupos sociales de orientaciones plurales.

Un elemento esencial del bien común es el respeto de la libertad de la persona en todas las dimensiones de su ejercicio. La libertad de conciencia y de expresión; la libertad de reunión y de manifestación; y la libertad de iniciativa y de acción social pública no pueden reclamarse legítimamente para todos menos para los que quieren orientar su vida personal y su presencia y acción social en sentido religioso. La exclusión de la religión de la esfera social pública carece de todo fundamento y es un grave obstáculo para la regeneración de una sociedad. Los creyentes en Dios, de todas



Carlos López Hernández

las confesiones religiosas, hemos de defender nuestra libertad de seguir ofreciendo nuestros valores religiosos y morales a la sociedad de nuestro tiempo.

El empobrecimiento espiritual es una causa de las pobreza materiales y de los graves males personales y sociales de nuestro tiempo. Por el contrario, la personalidad del hombre se enriquece con el reconocimiento de Dios. La fe da claridad y firmeza a nuestras valoraciones éticas. La aceptación del amor de Dios nos mueve a amar a todo hombre; y el amor fraterno nos acerca a Dios y nos hace semejantes a Él.

La comunión con Cristo en la Eucaristía nos hace posible comprender y vivir la misericordia como forma propia del obrar del Padre con nosotros, y también como rasgo distintivo de quiénes somos sus verdaderos hijos. Porque a nosotros en primer lugar se nos ha acogido con misericordia, tenemos que vivir en la misericordia y ser testigos de la misericordia. **El perdón de las ofensas** es la expresión más evidente del amor misericordioso; y para los cristianos es un imperativo del que no podemos prescindir. “¡Qué difícil es muchas veces perdonar! Y, sin embargo, **el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón**. Apartar de nosotros el rencor, la rabia, la violencia y la venganza es la condición necesaria **para vivir felices**” (MV 9).

Queridos hermanos: Cuantos habéis sido convocados en esta Catedral por nuestro Santo Patrón habéis atravesado la Puerta Santa y podéis vivir esta celebración con sentido de peregrinación jubilar. Mediante el sacramento de la penitencia y la comunión eucarística podéis alcanzar la gracia de la indulgencia plenaria.

Hoy suplicamos también a Nuestro Señor, por intercesión de san Juan de Sahagún, que la contemplación de la bondad y ternura de Dios y nuestro ejercicio de la misericordia den buen fruto en el proceso de renovación espiritual, apostólica e institucional que estamos viviendo en la Asamblea diocesana.